
MENCION

MARGEN DE SILENCIOS

Evodio Escalante
seudónimo Luz

SI DEBE ENTRAR EL TIEMPO

Sí debe entrar el tiempo, es decir, lo que existe.
Sí debo rotular el papel, las cosas, el tabaco. Escribir
"taza", hacer entrar la taza; darle consistencia,
gravedad, forma. Sí debo prestar atención
a estas minucias. Abrirles la puerta
y dejar que pasen y se acomoden
convencionalmente en este cuarto, este salón
de baile silencioso y casi desprovisto de luz.
Dejar un lugar a las palabras, al sonido
múltiple de los zapatos y los dientes,
al sudor, los chillidos y las reglas del juego.
En fin, sí debo
terminar el poema.
sí debo coger el lápiz
y escribirlo.

SAMUEL

Después de treinta días en cama. Samuel,
saber si entra Samuel. Saber si cabe
en este espacio, con sus diez kilos menos.
Lo nombro, quiero extenderle un campo,
un grupo de palabras que se cojan los dedos
y desgasten su vida mientras se van mirando.
¿Lo volveré posible. . . ?

Acicateadas por los verbos,
devoradas por el silencio de las comas,
las palabras quieren decir una verdad, refutar
un espectro: darle vida al amigo.

Aquí, para no ir más lejos.
Muchos recursos ha inventado la historia,
pero desde la caverna sólo utilizo la palabra,
el signo escrito, lo que se plasma en el papel.
¿Será éste el lugar que su nombre reclama?
¿Será éste el sistema de nombrarlo. . .?

SUCEDE COMO EN SUEÑOS

Sucede como en sueños: sus imágenes
estremecen a mi cuerpo dormido.
Es una convulsión que reordena el pasado,
que reacomoda las jerarquías de la palabra Carmen.
Lo que estaba inconcluso llega a término.
O mejor, quiere llegar a término.
Un amor de los dos que nunca conoció
las verdades del cuerpo,
las hinchidas, galopantes verdades.
Esto es: debo mover la historia.
Entramos a la casa de un amigo arquitecto.
Atropellados por la droga, un grupo de muchachos
insisten en volverse imposibles.
Pero en realidad, los imposibles
somos nosotros dos. Su nombre,
su acariciado nombre se me va de las manos.
Ella quiere y yo quiero que suceda otra cosa,
pero un muro invisible,
sucio pero invisible,
grueso pero invisible,
se interpone entre lo que yo quiero ser y lo que ella es
(lo que ella es: un recuerdo);
se interpone entre mi cuerpo dormido
y el que ahora despierta,
ansioso y hastiado de esta luz
como siempre.

PEQUEÑA HISTORIA IDILICA

Fue ayer cuando la palabra no sabía estamparse
(en el papel periódico, en el libro).
Mudaba de ropa más rápido que el mundo.
Frente a la danza, el río, el movimiento de los árboles,
solía pasear desnuda: el rito de la tierra
le fecundaba las entrañas. Por volcarse
en el húmedo pasto, ella tiraba incluso sus collares y anillos.
Pero luego, contra el vuelo que desataba
las fronteras, los límites del mundo,

alguien quiso inventar la jerarquía,
la ilusión del poder,
los encantamientos de un prestigio solemne.
Y antes que la gramática naciera, la palabra
se había vuelto
la única certeza.
La locura de las palabras, su pretenciosa red,
había atrapado al hombre.

POEMA

No con un beso ha despertado la que dormía en el bosque.
No con un relámpago de tempestuosa sed;
tampoco con una ráfaga de dichosa memoria,
ni con las yemas del ardoroso miedo.
Ni la esperanza ni el viento han turbado
su quietud increíble.
La que dormía en el bosque no despertó con nada.
En realidad,
la que dormía en el bosque no dormía.
Como un bosque dentro de otro bosque,
se limitaba a respirar.

LOS PEQUEÑOS OBJETOS

Los pequeños objetos, o mejor, los signos,
los breves, enteleridos signos me desvelan.
Signos de lo insignificante: las palabras
que no cambian la historia; humildes rastros
que el poema recoge.
No la droga sino el agua endulzada,
no el papel sino el haz del periódico,
no la transparencia sino el vidrio
de la botella. Todo esto
que acompaña a la vida
y desaparece del primer plano.
Estas nada pequeñas
que ocultan sus rostros tras los nombres
del cordón, la cuchara, el vaso, el foco eléctrico,
el mantel arrugado y la camisa. . .
¡Cómo tocarlas! ¡Cómo volverlas experiencia!

CIRCULO VICIOSO

Pero las palabras, cuando significan,
siempre que significan,

eternamente que significan. . .
(aquí vendría el predicado: *son* un código,
un conjunto de sonidos, la unión de un significante
y un significado, una "carga emotiva", etcétera).

Un espacio en blanco,
un vacío que horroriza,
una tentación de no seguir adelante nunca
o de abismarse por entre los resquicios
para no terminar jamás la definición,
ni la frase,
hacen vacilar al lápiz y la puntuación:
el poema, la energía del poema que se
dispara hacia inventadas superficies,
quiere tropezar, quiere saberse tentativa,
realización que se destruye antes de consumirse
y antes de consumirse puede envolverse
en más y más palabras, *las cuales*,
cuando significan, siempre que significan,
eternamente que significan. . .

SUPONGO QUE ES UN JUEGO

Supongo que la calle no oculta nada a mis sentidos.
Que el ruido de la gente no ha asesinado a nadie,
y que la luz insiste en mostrar precisamente su trasero,
su blanco, intrincado trasero
donde germinan esporas y verrugas.
Supongo que esta luz me envuelve
y estruja con mayor fuerza
en la medida en que ignoro su contoneo voluptuoso.

Un fastidio me parece este tiempo.
Las imágenes de la contemplación
se desplazan y sustituyen unas a otras
sin reciprocidad y sin lucha.
No hay lucha.
Abro los ojos y supongo.
Supongo que la calle es un lápiz o una regla tirada,
que la luz es la última, la más apabullante mujer,
para olvidar enseguida que todo es suponer
y que me invento la luz cuando me la supongo.
Así y asá. Me diluyo y paso de largo.
Yo mismo soy otra luz que se contonea voluptuosamente.
Hasta cuando escribo no hago sino
documentar suposiciones. Dar por hecho
que tal palabra significa tal cosa,
que la suposición "x" implica la suposición "y",
y que el lector sabrá que no le miento
sino lo indispensable.

MARCANDO EL PASO

No es el fuego, el agua, la tierra,
lo que queda del viento, el torpe viento.
Ni la lluvia (su chasquido que medra)
o la algarabía, es decir, el estruendo del mundo.
Para acabar pronto: no es el mundo.
El frío, el calor. Lo espeso, lo mojado.
Lo que descifra un nombre, lo que no.
Nada de esto, nada
que se parezca al dolor.
Extraño: no es
tampoco el dolor. Ningún dolor.
Acaso un misterio casero, recién barrido,
carente de arrugas,
debidamente inerte en su reposo.
Este darse la vuelta, el caminar
que que no camina, la palabra que no nombra,
la palabra que no alcanza a saberse palabra.
Esto —y no el fuego o el rotar de los mundos—
es lo que sucede. Pero sucede.

